

COMENTARIO DE LIBRO

► **“DE CAMINO AL CORAZÓN”
EL IMAGINARIO DE UN CIRUJANO**

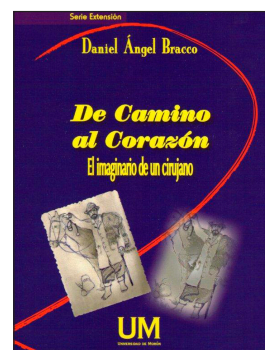
AUTOR: DR. DANIEL ÁNGEL BRACCO

Editado por la Universidad de Morón

18 x 24 cm, 140 páginas, Buenos Aires, 2011

AUTOR:

DR. JORGE C. TRAININI

Correspondencia: jctrainini@hotmail.com

“*De Camino al corazón*” del Dr. Daniel Bracco, en gran parte escrito en forma aforística, tiene la envergadura de un heraldo ofreciendo el legado de una crónica épica de la profesión médica. Su mensaje rescata el pensamiento “heroico” de la medicina ante una realidad que nos conmueve por la pérdida de su mayor riqueza e identidad, al dejar de ser arte humanístico, en el favoritismo de una práctica tecnológica e indiferente. Nada es tan atroz como el dolor que promueve el extravío de la identidad y de la historia a la cual pertenecemos.

Este heraldo, proveniente de las entrañas del corazón humano, trájina las páginas con la pasión y la fe de los que suelen entregarse a una elevación superior del hombre sin abandonar nunca el sendero, entendiendo que la posada es un instante de la emoción, y que debemos volver al camino, a la siembra, porque allí yace la ofrenda de unos hombres hacia otros. El libro trasciende al médico y al paciente, llega al “ser” porque habla de dolor, de fracaso y de la convivencia. La aguda visión del autor entiende que todo se hace y deshace en forma continua y perpetua. Al mismo instante todo nace y muere. Así es nuestro universo. Pero el hombre que entrega Bracco se yergue sobre su materia y nos entrega lo más preciado que tiene el cosmos: la conciencia de su espíritu. Con ella sabe que en su periplo se halla a mitad de camino entre el cielo y la tierra, pero dispuesto a servir al prójimo. Este heraldo advierte que la ciencia es inadecuada en el intento de explicar y guiar a la vida hu-

mana, sino se le adosa la convicción anímica del sacerdote, del chamán. Su grito alerta sobre una ciencia que no da respiros humanos ni espirituales. Para tal fin, no necesita recurrir a la denuncia: simplemente señala el derrotero a cursar.

Todo en este mundo exterior, frío e indolente, está previsto que deba suceder sobre reglas y códigos preestablecidos. Lejos del espíritu, de la emoción, del sentimiento. Ejercer el acto de liberarse de las condiciones que impone la sociedad con su acción antinómica a lo natural y a la ética de la conciencia implica el riesgo de ser marginado. Sólo por violar preceptos estipulados por ella. Sostener la autonomía del pensamiento es apartarse del escenario imaginario que erige la masa social, permanecer en un desierto con el juego de la meditación.

Se debe llegar al hombre que yace en nuestro interior desnudo, desprovisto del condicionamiento de lo externo, de la hipocresía de la conducta y del egoísmo de los genes. La meta es el espíritu, el “yo”, herrumbrar los escombros de la crónica que nos aconteció. Dejar de ser ente descartable del universo para elevarse por encima de la materia. Subir a la cima con el pulso del corazón. Salvar al individuo de la sociedad-masa. Hay un mundo vigente que en realidad aloja las miserias del hombre, que se erige sobre su despojo evitando la transparencia del “ser”. Se debe llegar al hombre oculto arrancándole la máscara de la mentira, del engaño. El mundo que se consti-

tuyó es un absurdo, una quimera, un fraude.

Pretende estar en paz con sus miedos, devolviendo fantasías a la esencia del ser.

El hombre se acomoda a su necesidad práctica. Evade a la naturaleza y a la intimidad del “ser”, el que subyace en la conciencia. Descubre que si se adentra en su propio abismo, en su “yo” real y desnudo, entonces esta postura adquiere una fortaleza esencial. Y la fragilidad de su desnudez se convierte en una coraza a los tabúes que pontifica la sociedad.

No es la realidad la escenografía que monta el hombre. Ella yace interior a un nivel en el que cuesta hallarla dentro del mismo “ser”. En su más profunda imaginación se eleva la realidad de la existencia. Se debe llegar a ella con el solo artillugio de la sinceridad desprovista de vicios y temores; con el corazón y no con hechos amparados solamente por la razón.

El corazón yace preso en su caja de hueso. Se ignora que nunca se arrepiente de su pulso. Si la razón que esgrimiese el hombre estuviera en él, podría redimir su dignidad. El desgarrar de la inteligencia es la injusticia. El del corazón, el desapego. El hombre modifica el afecto. Lo codifica. No vale el individuo, sirve a propósitos del interés de la materia. El avance técnico se hizo desdeñando y postergando a las necesidades que provienen de su pasado espiritual. Incluso, en forma engañosa, tampoco este “progreso” fue llevado al hombre. Se mostró a la masa un estímulo que nunca se concreta. El de ser adecuado a todos, aunque estos recursos no sean beneficiosos a la lujuria, sino a la necesidad más escandalosa cuya privación mata a la carne y al espíritu, así sea: salud, educación, hambre, trabajo.

Parece ser que el poder ha terminado por aceptar que la degradación del ser humano a los más bajos intereses de su hipocresía es el camino irrevocable. Lo ha enseñado y divulgado. Impuesto por sobre la aceptación miserable de los que no pueden reaccionar por ignorancia. Fraude y mistificación, los amos con que se domestica a las masas. El heraldo –Daniel Bracco, el autor– lucha desde su formación espiritual y técnica contra el “ego”. Enseña desde su experiencia. Y muestra esa impronta en cada reflexión. Se aproxima a lo que decía Jorge L. Borges.: *“no podemos hablar de puntos o de líneas, sino de volúmenes”*.

La compulsión deliberada de la sociedad de

consumo ha llevado al progreso inadecuado. Lo mediático informa para desinformar, lo social para anular al individuo, la masa para abortar al pensamiento desobediente.

La opresión servil de los que responden a la sociedad que explota se alivia del número eliminando diariamente a los más marginados. La muerte anónima ya no duele ni es congoja siquiera en sus compañeros íntimos. Se debe seguir el derrotero impulsado por un hechizo que ya se hizo instintivo. Cada día es un riesgo que debe pasar el cuerpo. El espíritu no cuenta. En eso se basa el triunfo de los poderes, de encerrar el alma. En arrojarla a la materialidad absurda que sólo es alcanzada por el poder. El espíritu es exfoliado a costa de predicar una justicia social que no se alcanza eliminando la libertad civil, alquimia a la que no acceden las ideologías, porque simplemente no pueden ir contra sus intereses. El individuo se destruye en ese destino creado, el que no corresponde a la ética y moral que debería protegerlo y de los cuales se halla imbuido como mandatos fundamentales provenientes del orden natural.

Tenemos necesidad de infinito, de no sentirnos mortales. Esta percepción es superior al sexo y a todo lo que genera el hombre. En este punto, engaña a su imposibilidad de eternidad con el paliativo de prolongarse con su



Dr. Daniel A. Bracco

prole y en la especie. Pertenecer a la masa es al final la única sensación de sentirse un existente más ante la imposibilidad de llegar a la aceptación del “yo”. El cuerpo, la carne, es el habitáculo de nuestro más precioso tesoro: el espíritu. Su valor reside en esta tesitura. Sin embargo, es el alma, por más elevada que esté, la fatal esclava del cuerpo, de su finitud. Esto asombra y duele por insólito. Hay intolerancia, injusticia, desprecio por el hombre en este mundo. El hombre es privado desde el inicio de su vida. Por la existencia natural y por la sociedad. Se lo margina de su libertad, de su dignidad, hasta ser un despojo. Ni en lo ético, lo moral o existencial adquiere su real valoración de dignidad animal.

El heraldo declara *“el dolor y el sufrimiento ante la muerte de tu paciente son intransferibles”*. Y el concepto vibra en el péndulo de la emoción. Nada se vive con tanta actualidad como el dolor. Revaloriza el tiempo presente. Con el dolor, el tiempo no corre. Mantiene vigente el hoy y nos fuerza a habitarlo. Nos produce una necesidad de exilio. Por lo tanto, el médico necesita incorporar la enfermedad a la biografía del enfermo, a su historia natural. Debe hacer ingresar la personalidad del enfermo en el quehacer del médico como objeto de investigación y evaluación.

La enfermedad esclaviza al hombre, también lo libera. Es un estado de decepción, de presenciar su propio olvido. De ingresar a la desmemoria. La enfermedad funciona como revelación. El hombre enfermo desacredita lo que sostuvo, pero también se rebela. El enfermo pierde el compromiso con la existencia, convierte en placer el *“no estar estando”* o *“no cuentan conmigo”*. El bienestar es tan azaroso como su negación.

La cultura nos suele alejar de lo biológico y de lo inestable, de ahí que vivir es una constante negociación con ese reclamo de la inexistencia. Mientras uno está sano no existe. Nadie como el enfermo para tomar conciencia de ella... y de la materia. Al estar sanos, perdemos la sensación de rareza que es la existencia. Cuando estamos sanos, somos inmortales porque somos *“nada”*. Es el dolor lo que nos lleva a la existencia. La diferencia entre un hombre enfermo y otro sano es mayor que entre este último y cualquier animal.

Con la enfermedad, la libertad se anula y nos atormenta la percepción de nuestro cuerpo. La enfermedad es el grito que tiene la muerte de alertar sobre la existencia, y el individuo, el escenario de esa contienda. Si fuésemos libres en el dolor los galenos se convertirían en mendigos, porque los mortales tienden al sufrimiento pero no a la voluptuosa sensibilidad ante la exasperada subjetividad que acarrea. La existencia es una aventura irrenunciable aún para los escépticos, vagabundos, agnósticos y nihilistas. La enfermedad no es una carencia ni un fenómeno estéril, sabotea ese delirio que es el “yo”. La capacidad del Dr. Daniel Bracco es la de ubicar la conciencia en el verdadero nivel, para que ella honre al hombre como ser efímero y trascendental. *“Lo más difícil... es encontrar las palabras de consuelo para contener y acompañar ante una situación angustiante. Allí donde las palabras no abundan o no alcanzan a reconfortar y a veces pueden estar de más, entonces en ese momento el silencio se vuelve palabra”*. De esto se trata, de amar al “ser”, en este estilo de vida que debe ser el médico. Y aquí encontramos el mensaje excelente del heraldo Daniel Bracco.